

III. TRÁILER de *MAL DE ESCUELA* de Daniel Pennac

Un libro que pone el dedo en la llaga de nuestros centros escolares. Es nuestra mirada la que configura, redefine, informa y conforma la realidad.

José Eugenio Abajo (BU)

Cada niña o niño que se queda retrasado en el colegio es un niño o niña que sufre. Y son muchos (¡nada menos que casi un tercio del alumnado español no titula!). Por eso, nunca debiéramos perder de vista a los alumnos descolgados, esos *cancres* (en francés) o *cangrejos* que, en vez de ir para adelante, van de lado e incluso para atrás...

Alumnos con una experiencia escolar negativa, para los que las clases son un infierno y que han interiorizado ser unos inútiles en el campo académico. Buena parte de los cuales son chavales pertenecientes a los grupos sociales desfavorecidos socio-económica y culturalmente (con menos ayuda académica en sus casas y, con mucha frecuencia, con unas expectativas sobre ellos muy bajas por parte de todos sus agentes educativos). A los que estamos tentados de tachar como indolentes, imposibles, carentes de base, sujetos a los que hay que analizar para desvelar las abruma-

doras causas que les han llevado a esa situación, y de rehuirles –porque “no estamos formados para ellos”, “no tienen nivel”, “no se esfuerzan”, “sus padres no valoran la educación”– y, en definitiva, de estigmatizarlos, máxime si son de clases sociales populares o de minorías, como “zoquetes emblemáticos” y hasta “peligrosos”.

Por todo ello, el autor (antiguo alumno fracasado, ex-profesor y prestigioso novelista) defiende que el verdadero reto de nuestro sistema educativo es cómo ayudar a esos alumnos en riesgo de quedarse descolgados académicamente o que ya lo están. Y considera que un buen profesor es, precisamente, el que se rebela contra los estereotipos y los derrotismos, el que se replantea su práctica docente y se esfuerza, día a día, por empatizar con ese alumno que ha asumido su condición de fracasado, e intenta transmitirle pasión por el saber y confianza en sí mismo (hacerle sentirse capaz).

“Guardémonos mucho de subestimar lo único sobre lo que podemos actuar personalmente y que además data de la noche de los tiempos pedagógicos: la soledad y la vergüenza del alumno que no comprende, perdido en un mundo donde todos los demás comprenden. Solo nosotros podemos sacarlo de esa cárcel, estemos o no formados para ello. Los profesores que me salvaron – y que hicieron de mí un profesor – no estaban formados para hacerlo. No se preocuparon de los orígenes de mi incapacidad escolar. No perdieron el tiempo buscando sus causas ni tampoco sermoneándome. Eran adultos enfrentados a chicos en peligro. Se dijeron que era urgente. Se zambulleron. No lograron atraparme. Se zambulleron de nuevo, día tras día, más y más... Y acabaron sacándome de allí. Y a muchos otros conmigo. Literalmente nos repescaron. Les debemos la vida”. “No lo consiguen siempre [...] Pero lo intentamos, al menos lo hemos intentado. Son nuestros alumnos”.